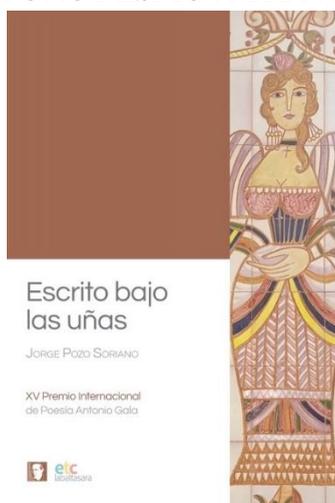


Jorge Pozo Soriano, *Escrito bajo las uñas*, Alhaurín el Grande (Málaga), “La Baltasara”, El Toro Celeste, 2022, 78 págs.

Reseña de acceso abierto distribuida bajo una [Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional \(CC-BY 4.0\)](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/). / Open access review under a [Creative Commons Attribution 4.0 International License \(CC-BY 4.0\)](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

DOI: <https://doi.org/10.24197/cel.14.2023.924-927>.

ESCRITO BAJO LAS UÑAS:
CONOCERSE A UNO MISMO A TRAVÉS DEL DOLOR



Escrito bajo las uñas, editado en el año 2022 por la editorial malagueña El Toro Celeste, le ha merecido a su autor, Jorge Pozo Soriano, el reconocimiento del prestigioso XV Premio Internacional de Poesía Antonio Gala, convocado y financiado por el Ayuntamiento de Alhaurín el Grande. El jurado, cuyo fallo fue unánime, estuvo compuesto por Manuel Salinas Fernández (presidente), Antonio Hernández Ramírez (secretario), Antonio Carvajal Milena (vocal) y María Belén Molina Huete (vocal) y el libro se ha presentado como el primer número de la nueva colección de poesía “La Baltasara”, codirigida por Luis Cárdenas García y Pedro J. Plaza González.

La triple articulación de *Escrito bajo las uñas* da buena cuenta del carácter aristotélico que muestran sus páginas —tanto en forma como en fondo— y de ahí, también, se deduce la notable impronta filosófica que el autor acuña en el poemario, valiéndose de numerosas citas de una amplia

nómina de referentes a los que rinde tributo. Entre ellos, cabe mencionar, por ejemplo, a Platón, Spinoza, Heráclito, Séneca, Nietzsche o Borges. De igual modo, abundan citas de amigos poetas —según el propio autor ha declarado en diversas entrevistas y tertulias—, de los que reconoce, abiertamente, sentirse discípulo, por ejemplo, Manuel Francisco Reina y Raquel Lanseros.

El poema que sirve como punto de partida, previo a la triple articulación antes mencionada, se titula “Vértigo”. Así pues, a partir de este poema, se descifra la profundidad temática del libro, es decir, actúa como motor de una sucesión de etapas en las que luce un fragor de batalla íntima, pero compartida. En consecuencia, la honestidad ejerce su rol global en dicho poema, que da cobertura a las implicaciones de significación de las tres partes del libro: “Abismos”, “Frontera” y “Retorno”.

De tal estructura tripartita, como he señalado, la primera sección, titulada “Abismos”, se centra en el mundo de la infancia y de la adolescencia. A través de interrogantes se expresan derivaciones que son propias de la niñez, la etapa donde el individuo es curioso por instinto, de manera que las preguntas y sus silencios responden al esfuerzo por maniobrar dentro de un microcosmos desordenado, donde la programación cerebral está en evolución continua y donde, por si fuese poco, el peligro de la desolación afila sus puntales. En el poema “Caos” se expresa lo que sigue: “Deberemos aprender a disociar el caos. / Tomar cada una de sus partículas como partes inherentes al orden / que creíamos infinito, / indiscutible. / Y tragarlas, una por una, / hasta asumir que estamos solos” (p. 25). La soledad supone la marcha paralela al desasosiego. Surge, de este modo, la evaporación de las interacciones que nos trasladan al imaginario ajeno; sin embargo, la asunción de dicha soledad es un acto de valentía. Gracias a ella medita el poeta la razón de su misión vital: la observación mediante la cual se afianza el tono melancólico de su examen de conciencia. Como resultado, la balanza que mide el tiempo que ha sido feliz y el que ha sido infeliz queda en desequilibrio. No obstante, en el desequilibrio no hay caídas definitivas, sino un gesto, nuevamente de valentía, para imponer con su expresión la ruptura respecto al daño que lo atenaza. Dicho con otras palabras: expurga el poeta su miedo en favor de la libertad y de la aceptación.

En la segunda sección, titulada “Frontera”, se aprecia la transición desde la infancia y la adolescencia hacia la adultez actual. Con apacible serenidad, fruto del aprendizaje y la experiencia, se explora el pasado

desde un enfoque de contención, auténtico, suficiente para lograr la plasmación de una secuencia de poemas formulados bajo la intuición de la perspectiva. El dilema ante la frontera es cruzarla o no cruzarla. Jorge Pozo Soriano la cruza, y así se advierte que la condición de vulnerabilidad anterior se ve transformada como seguridad en sí mismo. Por ello, esta sección efectúa una inflexión crucial. En el poema “Huellas” se manifiesta lo siguiente: “Recordar no es revivir, / aunque, a veces, lo intentemos, / queriendo volver a poner los pies / sobre las marcas mismas de las huellas” (p. 36). Se trata de visitar el pasado para superarlo. Solo mediante abstracciones, mediante un puro ejercicio memorístico, puesto que las huellas de la adultez se dirigen hacia un ámbito de confianza, antes inexistente. En relación con esto, Jorge Pozo Soriano pretende pisar las huellas que fueron marcando el camino inicial para constatar, desde su presente, su firme identidad, basada en convicciones sólidas que ahora no están sometidas al desequilibrio de las dudas ni a las burlas de ningún malintencionado. Al hilo de esto, en el poema “Intemperie” puede leerse que “hay que dejar que el cuerpo enferme / para que pueda aprender a sanarse” (p. 40). Con estos dos endecasílabos que funcionan como paremia indiscutible se implanta una moraleja personal, en virtud de la cual, se supone que caer enfermo no es más que un trámite cotidiano que se orienta a la construcción total de lo que somos. En un sentido diferencial, por exacta oposición, el estar sanado supone en el sujeto lírico la calma de llegar, justo a tiempo, a los aprendizajes de su edad. De hecho, en el poema “Pretérito”, el poeta entabla una conversación con su yo del pasado para ofrecerle una serie de modestos consejos a través de versos cargados de ternura y benevolencia. Sirvan estas líneas como ejemplo paradigmático: “Si pudiera, borraría esa angustia. / Arrojaría mis manos de hombre / al plano pretérito donde siempre te encuentras. / Besaría tus lágrimas. / Haría un doble nudo a tus cordones / y ataría a los tuyos mis ojos azul mar / para invitarte al cauce de sus tranquilas aguas, / pequeño naufrago. / Pero tendrás que lidiar sin mí, / porque allí donde estás yo no existía” (p. 46). En esta encrucijada de reminiscencias, destaca el vocablo *naufrago*, por la carga divisoria que ofrece entre secciones pues, desde el presente, el poeta pisa una orilla, cruza una frontera, no se ahoga en la remota tristeza de las primeras andaduras.

Finalmente, la tercera sección, que lleva por nombre “Retorno”, no solo cierra el viaje y el ciclo de los procedimientos propuestos, sino que sirve como broche cohesionador que confiere unidad a la totalidad del poemario. Como tercer y último estadio, en él se suceden temáticas

generativas y transformacionales que concuerdan con la ruta diseñada desde el inicio, esto es, con el poema “Vértigo”. Al echar la vista atrás, una vez atravesada la frontera aludida arriba, el autor regresa mentalmente a las configuraciones de sus angustias que, para bien o para mal, le han originado un estado anímico idóneo para la escritura de un registro meditativo en el que insertar una expresión de compromisos coherentes con sus propias causas, que pueden dividirse en: (i) la causa del dolor; (ii) la causa del convaleciente; y (iii) la causa del renacido. Esto explica, otra vez, la mención de distinguidos filósofos, de los que toma la receta para aprehender el pensamiento individual en una escala progresiva de comunicaciones con voces humanísticas autorizadas. En el poema “Herencia” se proclama que “como herencia nos quedan los recuerdos. / La herida no solo sangra en la infancia” (p. 68). Precisamente, el ser conscientes de que la herida late, cicatrizada, como herencia de acciones —y no de simulacros—, es señal de haber vivido. Y fruto de esa herencia tatuada hay razón para pensar que la continuidad es incorruptible: no se puede separar lo que hemos sido de lo que somos, ni lo que somos de lo que seremos.

Considerando la riqueza sintáctica y gracias al empleo magistral del endecasílabo como verso de mayor presencia, se aprecia una cadencia fluida y musical, sin ripios. Asimismo, la elaboración de poderosas imágenes emotivas y coloridas, que producen una fuerza visual de los espacios recreados en *Escrito bajo las uñas*, hacen del libro una suerte de documental biográfico. En conclusión, al afrontar la lectura de estos poemas el ánimo del lector queda abatido por la melancolía, pero, al término del conjunto, se ve resucitado por la belleza sincera de sacudir nuestros temores y tenderlos al sol sin miedo a los testigos.

Siguiendo la clásica prescripción, *nosce te ipsum*, Jorge Pozo Soriano consigue disolver su periplo personal en un juicio sano de valoraciones positivas. Si no nos olvidamos de nosotros, podremos querer y podrán querernos. Con este sencillo recordatorio nuestro poeta argumenta la importancia de afrontar cualesquiera desafíos que la vida imponga.

ANTONIO DÍAZ MOLA
Universidad de Málaga (España)
díazmola94@gmail.com